

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 22 Julio 1915.

Número 29.

Los fanfarrones del miedo

Noticias que con otras similares
exparcen los cabritos afrailados:
"Que se hallan los conventos artillados;
que almacenan fusiles por millares;
que hay cañones también en los altares,
de vírgenes y santos disfrazados;
que se encuentran los sótanos minados
y con bombas de mano á centenares;
que los cables eléctricos se cruzan
de arriba abajo, de derecha á izquierda:
que es un fuerte de Yprés cada capilla."
¡Y no ven que al decirlo al Pueblo azuzan,
ni que le importará todo una mierda
el día que se alce y grite: ¡A la Bastilla!

José Nakens

Tragarse una viga y ahogarse con un pelo

Hay amigos deliciosos: le molestan á uno constantemente, sin dejarle ni el recurso de mandarlos á paseo, por lo bondadoso de su intención.

Hace tres días vino á verme uno de esos, lamentando que hubiera publicado el soneto *Reconstituyente nacional*.

—¡Ofender así á la mujer española—decía,—suponiendo que en ningún caso pudiera consentir que los rifeños las!... No me atrevo á repetir la palabra.

—Las cubriesen. No encontré otra más púdica. Recuerde usted cuantas expresan la idea, y á ver si da con alguna otra más castiza, más gráfica y menos ofensiva al oído. ¿O quería usted que emplease la del mandamiento que sigue el quinto sin que nadie se escandalice al escucharla en boca de una niña!

—Sí... la verdad es... Todas las

que se me ocurren resultan más, más... No sé cómo decirlo...

—Cuanto á lo de la ofensa, no paso por ello. Yo no he supuesto nada; dije únicamente que ellos viniesen á cubrirlas. Y que para eso no se necesita que la voluntad intervenga, díganlo los millares de mujeres francesas y belgas que se encuentran actualmente embarazadas de los alemanes.

—Sí... Eso es verdad... Pero...

—Yo no he ofendido nunca á la mujer española. Eso se deja para los clericales, que las difaman después de seducirlas y explotarlas.

—¡Ya parecieron los clericales!

—Como tienen que parecer siempre que de actos indignos se trate. Pudiera citarles á usted varios ejemplos, mas voy á limitarme á uno.

—Le escucho atentamente.

—A principios del año 1895 vino á Madrid una embajada, del Riff precisamente, á arreglar los asuntos políticos pendientes entre su país y el nuestro, y la sociedad que llaman distinguida asistió á todas las fiestas

que en su honor se dieron. Y por si las señoras iban vestidas de ésta ó aquélla manera, armaron los clericales tal alboroto, que había para taparse los oídos. Hasta el propio arzobispo de Toledo se subió á la parra, dando ocasión con su furiosa catilinaria á que EL MOTÍN publicara el 16 de Febrero estas coplas:

LA CRUZ Y LA MEDIA LUNA

Viendo que tan sólo atiende
con fiesta no interrumpida
la sociedad distinguida,
y católica por ende,
á conquistar el honor
y dar cima al gran empeño
de que desarrugue el ceño
del Riff el embajador,
el propio don Antolín
Monescillo, manifiesta
que dolorido protesta
de ese jolgorio sin fin.

Duélele ver al prelado
que, sin aprensión alguna,
ostentan la media luna
las damas en su tocado,
y por agradar al moro
su emblema luzcan ufanas,
de la cruz, siendo cristianas
con olvido y en desdoro.

Mas si esa es su pena toda,
consuélese el buen señor,
que también es el fervor
de buen tono, y está en moda.

La que en el salón procura
acercarse al musulmán,
luego con el mismo afán
se acerca en el templo al cura.

Si con ansia solícita
del rudo rifeño el trato,
agrádale al poco rato
el del suave jesuita;
y si en la *serre* el fatal
emblema moruno ostenta,
adornada se presenta
con la cruz en San Pascual.

No es por tanto de temer
que esos hartos de alcuzcuz
la derrota de la Cruz
logren en España ver.

No; de la alta sociedad
las señoras, son cristianas
y de serlo están ufanas.

¡Viste tanto la piedad!

Piense, en fin, para que pueda
tranquilo el pastor dormir,
en que el moro se ha de ir
y que el fraile aquí se queda.

—Tienen gracia é intención los versos.

—Como que las escribí yo. Pero prosigo. Otro de los que también se distinguió por sus diatribas contra las damas, fué el presbítero Fernández Montaña, que desde entonces se puso en moda. Allá va algo de lo que dijo:

«Mucho se pondera la reacción actual
de fe y de piedad, pero no se ve clara, y

o que todos tocamos con nuestras manos son esos cuadros casi diarios en que el partido de Dios padece desmayos...»

«Se abren los aristocráticos salones para recibir á los moros, y las damas españolas, por cuyas venas corre sangre de santos y de mártires, las descendientes de los héroes de la Reconquista, el título de las cuales va unido á algún hecho glorioso de nuestra historia, se presentan á los ojos de los asombrados moros vestidas de baile (desnudas de baile sería más verdadero), y luciendo en el escote soberbias medias lunas de brillantes, desfilan delante del embajador como si éste recibiera corte.»

«No había entonces (antiguamente) tolerancia, ni mucho menos incienso ni halagos, como sucede ahora, con la frescura y desvergüenza. No llevaban escolta ni recibían honores las *Curritas*.»

«Beber vino con demasia en aquella edad entre las mujeres, era un verdadero oprobio y escándalo intolerable. El cigarro no lo usaban jamás, como no fuese gente airada que iba envuelta en vestiduras de picos pardos. Si no era por vía de honesto recreo y con sus hijas ó los maridos, no jugaban á los naipes. Esto dejaban ellas para los tahures.»

—¡Qué barbaridad!

—Pues ahora va lo más gordo. Un periódico monárquico, y por consiguiente católico, *El Resumen*, les soltó estos piropos á las señoras:

«Creyeran aquéllas que para agasajar á los moros habría de serles permitido hacer alarde de impudicia y presentarse ante ellos como acaso le repugnara presentarse á una meretriz; excitar sus sentidos exhibiendo lo que guarda con recato la más ínfima de las mujeres del pueblo; hablarles lenguaje sensual, propio de lupanar; olvidarse, en fin, de que son españolas, para mejor mantener la ilusión de que habían sido transportadas al harén.»

«Aplaudidos fueron aquellos desplantes y aquellos desmanes por los padres, hermanos y maridos que en los salones en donde tales cosas sucedieron tenían á sus hijas, hermanas y mujeres propias, como en los más famosas bazares de esclavas establecidos en Rabat y en Casablanca están las bellezas de Oriente; con la diferencia de que aquéllas son llevadas allí por la fuerza, y éstas otras fueron voluntariamente con el deseo de experimentar como sensación nueva la manifestación del deseo expresada sin atenuaciones por un hombre semisalvaje á la vista de cuanto más había de servir para despertar sus ansias de bestia en estado de celo.»

Como se supondrá, yo, al leer eso, estaba encantado. Confirmaba lo que venía sosteniendo, esto es, que es falsa la piedad de que muchas gentes alardean, y que la religión no es hoy más que un portier tras del que se esconden la hipocresía y la inmoralidad. Todas las señoras de quien así hablaban los clericales, eran de las que apenas salen del templo, y confiesan y comulgan semanalmente. Pero esto no impedía que me indignara contra los miserables que, encargados de su dirección espiritual, las habían educado tan ligeras y casquivanas para tenerlas siempre propicias á dejarse explotar.

—¡Tiene usted razón, tiene usted razón!...

—Y dígame usted ahora, si en el deseo de que los hombres machos vengan á cubrirlas, hay nada que se parezca á los groseros, indignos y ofensivos dictérios que les aplicaron en aquella ocasión los clericales (como lo hicieron antes y después en otras varias), olvidándose de que ellos son los principales culpables de que la mujer sea lo que hoy es: una incubadora de hombres entecos de cuerpo y esmirriados de espíritu, que la toman, ya como instrumento de placer, ya como aportadora de dote, ya como socio industrial.

JOSÉ NAKENS

Bonafoux expulsado de Francia

Desde que estalló la guerra, los franceses no habían sufrido revés moral tan hondo como este de la salida de Bonafoux, del que fué un día territorio de la gran república.

Sólo por un grave error de los gobernantes puede explicarse el hecho de esta expulsión del hombre genial que ganó para Francia más simpatías que el mejor de los franceses.

Porque esto ha sido Bonafoux y esto ha hecho en su labor de cronista parisién: conquistar para Francia el cariño y admiración del mundo hispano-americano, ante el cual fué el cantor constante de la grande, la positiva y la genuina Francia.

En sus mismas crónicas de la guerra, Bonafoux era una garantía de la solidez del alma Francesa querida por todos los extranjeros. No adulador, no lisonjero, no lacayuno. Escribía con su habitual desembarazo, censurando á las veces lo que nadie más se atrevía á censurar. El era en cierto modo un mentís viviente al «hombre encadenado» de Clemenceau.

La publicación de sus censuras de cosas y personas francesas, pregonaban la libertad de la pluma y eran prueba irrefutable de ser Francia la cuna legítima y el hogar natural de la Libertad por la cual dicen estar luchando los franceses.

La expulsión directa y franca, ó indirecta y vergonzante de Bonafoux del suelo francés, significa algo más grave de lo que al primer golpe de vista parece. La prohibición de sus crónicas por contener censuras al gobierno de la República, hace caer sobre los escritos permitidos á los demás cronistas la tacha de que son permitidos por ser adulatorios de los políticos. No podemos tener ya fe en lo que nos digan de allá los cronistas de corte.

Al emigrar de Francia Bonafoux, se lleva algo que los franceses deberían estimar en mucho: algo por cuya conquista tuvieron que librar grandes

batallas; algo que sirve de diadema al gorro de la República. Ese algo es la libertad de la crítica, fieramente encarnado en Bonafoux.

Por esto celebran la expulsión como una conquista suya, los reaccionarios galófobos.

Sea cual sea la causa invocada para esta expulsión, los franceses sabrán algún día que fueron los enemigos de la Francia republicana, los que ganaron con esta claudicación.

¿Habrá algún francés que se envanezca de ella? Esos tales, en todo caso, demuestran que su chauvinismo está á dos dedos del imperialismo alemán. Precisamente los aliados quieren convencer al mundo de que luchan «por la Francia de la Humanidad».

Si es que la guerra ha destruido con sus bombardeos de la conciencia francesa esta lápida monumental, y ha escrito en ella el «Francia para los franceses», será el Gobierno francés el primero en decir á los países neutrales: ¿qué os importa á vosotros la suerte de Francia?

Meditenlo quienes deban meditarlo.

R. MAYOL

Un año de guerra...

Lo demostrado

I El crimen de Sarajevo, fué el pretexto invocado por Alemania para producir una guerra á la que se preparaba durante cuarenta años.

II La preparación consistía en medios internos, de cohesión nacional, de acumulación de riquezas y de militarización universal. Y en medios externos, diplomáticos unos, fomentadores de amistades y alianzas; políticos otros, fomentadores de discordias en los pueblos de los futuros enemigos, y en el espionaje sabiamente organizado en todo el mundo.

III En la acción interna, contaba, además del fanatismo imperialista infiltrado en las mismas clases sedicentes democráticas, con sus escuadras marítimas, sus secretos de artillería, sus flota aérea y acuática, sus gases asfixiantes, y sus redes ferroviarias que con el rápido transporte de tropas le permiten duplicar ó triplicar el valor numérico de sus ejércitos, dándoles una cierta ubicuidad.

IV En la acción externa contaba como aliados suyos: 1.º al clericalismo católico que sostiene dentro de los pueblos adversarios, un Estado contra el Estado, una milicia contra la milicia y un pueblo contra el pueblo. 2.º, al fanatismo musulmán, agasajado desde tiempo atrás. 3.º, al protestantismo en general, de quien se hacía el kaiser Verbo Supremo. 4.º, al judaísmo, ante quien el kaiser se ha presentado diciendo: «Yo soy el Mesías que esperáis.» 5.º, al jesuitismo in-

ternacional, motor de los pueblos católicos y dueño de la Iglesia, dominado á su vez por Austria y gobernado por generales alemanes. 6.º, á la alianza militar de Italia. 7.º, á la incapacidad de Rusia y Francia, sorprendidas sin preparación. 8.º, al egoísmo de Inglaterra, que no aventuraría en la formidable guerra sus intereses.

V. Con tales elementos calculaba poner los ejércitos alemanes en París el 1.º de Septiembre de 1914; destruir á los rusos durante el otoño; imponer á Europa su paz y dominio en el invierno; reforzar su hacienda con las indemnizaciones de guerra y dejar creado y establecido en el mundo el mayor y más formidable imperio.

Fracasos

VI. El pretexto justiciero y rigo-rista invocado para la provocación de la guerra, ha quedado desenmascarado por el total desprecio de las leyes internacionales y de la moral histórica de la guerra. Por ello Alemania ha desafiado al mundo político, burlándose del derecho de gentes con transgresiones diarias, y esperando en jarras á los Estados que intentasen castigarlos.

VII. La cohesión interna empieza á desvincularse á causa del cansancio de unos, del remordimiento de otros y del engaño de que se sienten, víctimas los de más allá. La diplomacia corre de fracaso en fracaso, surgiéndole adversarios imprevistos dentro de la misma familia anglo-sajona, convirtiéndose en enemigos sus aliados de Italia y creando en cada nación el partido germanófilo.

VIII. El imperialismo militarista queda derribado del pedestal idólatrico de supuesta omnipotencia; su flota marítima no se ha atrevido á librar batalla, y sigue embotellada; sus flotas aéreas no le compensan con los éxitos materiales logrados, el daño moral sufrido; su flota subacuática ha sido hasta aquí inútil en la lucha contra buques armados y sólo utilizada en el imprevisto ataque de indefensos, trocando las batallas navales en asaltos de piratería.

IX. En la captación de los fanatismos religiosos, no ha logrado atraerse á los protestantes ingleses y americanos, levantados contra el luteranismo, como los hugonotes franceses. De los mahometanos, supo atraerse los turcos reputados apóstatas por los Senusis (jesuitas del Islam). De los católicos sólo logró atraerse los jesuitas. Los judíos se han mantenido neutrales.

X. En un año de guerra la ofensiva del primer mes se trocó en defensiva, siendo impotente para avanzar un paso en el Occidente, y para arrojar á los rusos en el Oriente. Austria, y Turquía, sus aliadas, ven invadidos sus territorios y desangrados sus pueblos,

La impotencia para llevar á colmo la agresión es igual á la de vengar la agresión. Los alemanes están más lejos de París ahora, que el primer día de guerra. La que soñó imponer la paz, sostiene la guerra sólo con el objeto de lograr una paz menos deshonrosa.

La derrota alemana

XI. En toda agresión, el agresor que no logra colmarla, queda como simple conminador. No salir vencedor es salir derrotado. Alemania, lleva la derrota de un año, equivalente á muchos años de su trabajo militarista.

Calendarios

XII. ¡Otro año de guerra! En el primero, los aliados se han limitado á contener la agresión en el Occidente y á sostenerla en el Oriente. Alemania ha quedado en este plazo desarmada de su arma más poderosa: LA SORPRESA.—En el primer año los aliados han militarizado rápidamente gran parte de sus elementos, equivalentes su avance, al trabajo militar alemán de muchos años. En el segundo año, la militarización será completa, y lucharán mano á mano los tres factores de la guerra: sangre, oro y lomo.

XIII. Aviones contra aviones, submarinos contra submarinos, gases contra gases, hombres contra hombres.—El hombre alemán puede ser más militar; pero en la guerra moderna el valor «sangre» queda supeditado al valor «plomo», y este al valor «oro». Será mejor soldado el mejor armado: será el más resistente el mejor nutrido.

XIV. Sobre el campo de batalla la victoria será una montaña de plomo, extraída del oro y sostenida por el ejército. Si Alemania no es inagotable en hombres, lo es en oro con respecto á sus fabulosos enemigos. Las fuentes están cegadas: el dispendio es enorme.

XV. Alemania había contado aun con los elementos.

El aire transportador de sus gases asfixiantes; la niebla haciendo invisibles sus aeronaves.

No había contado con el Tiempo, aliado de los aliados. El Tiempo es el fantasma terrible para Alemania.

Un año atrás, Alemania era el Coco de la Humanidad.

Ya no es el Coco: el Tiempo le ha desnudado.

XVI. ¿Celebra el pueblo alemán como éxito lo ya ocurrido? ¿Cree que su sacrificio ha sido compensado?

Si cree que no, he aquí que se confiesa ya engañado. La omnipotencia estaba en la ilusión y no en la realidad. Sacó la espada sin razón: ¿la envainará con honor?

P. O.

Los millones de Romaguera

Jesuitas y Senusis

Hace unos meses dióse en la Sociedad Geográfica una interesante conferencia sobre los Senusis. Vienen á ser dentro del islamismo lo que los jesuitas son dentro de los católicos. Aun no falta quien cree que Ignacio de Loyola tomó de los Senusis lo mejor de su mecánica religioso-político-social.

Moriscos había en su familia; en tierra de moriscos estuvieron confinados su padre y muchos de sus parientes; con moriscos compuso su Compañía; los moritos fueron las niñas de sus ojos. Si no fué un senusita católico ciertamente, al describir la secta de los Senusis el conferenciante, los académicos de la Geográfica verían detrás del Gran Senusi la silueta del General jesuita.

Peró vino un momento en que la sorpresa se cambió en consternación en la faz de los oyentes clericales y en gracioso deleite en el semblante de los anticlericales.

Fué cuando el conferenciante explicaba la mística de los senusis y sus principios morales para la admisión de legados y limosnas.

«El que da á los Senusis lo que debe á otros, comete un hurto. Alá maldice el don pecaminoso, la mano que lo da y la que lo recibe». Dijo.

Y en este momento, en el Salón de la Academia fueron evocados como fantasmas, los sobrinos de los Pastrana, de los Cordero, los Vallejo y los Ortiz y los cien mil que en España cubren con la miseria los cuerpos que los jesuitas dejaron desnudos por medio de la captación de un testamento.

Ahora ha muerto un tal Romaguera, del cual el mundo no ha tenido noticia hasta que se abrió su testamento.

Romaguera era un millonario: millonario que vivió como un mendigo. Solo ha sido millonario al morir. Vil esclavo de sus millones en vida, sólo se ha sentido dueño de ellos después de la muerte. La tiranía ejercida sobre él fué atroz. Le tuvieron hecho un miserable, de bellaca ruindad. Le carcomieron el corazón haciéndole insensible á todo humano sentimiento. Le royeron el cerebro, privándole del recto cálculo y del sentido común.

Le devoraron quizás otros órganos: pues Romaguera, casado, que supo hacer tantos millones, no supo hacer un hijo á quien legarlos.

¡Atroz suplicio de un viejo, repleto de riquezas!... ¡Ver que va á perder su dominio directo é ignora el destino que van á tener!...

El gran tacaño había de dejar sus millones, porque sus millones le dejaban á él.

Le dejaban para comida de gusanos. Y él no sabía qué hacer de sus millones.

Había de dejarlos. A los parientes ó á desconocidos; á los hombres ó á los perros; á Dios ó al diablo.

El, que durante cincuenta años estuvo sordo al mandato de Dios, de la caridad y de la justicia, él legó á Dios la fortuna cuando tenían que llevarla los perros de la calle.

Buscó á Dios en la tierra; buscó á Cristo, pues es de saber que el tacaño era cristiano. Trotó muchos años por los campos del Evangelio, y no vió esta «patente de Vicario de Cristo»: «Lo que dieres á tus hermanos afligidos, eso me lo das á mí, y yo lo doy por recibido.»

Romaguera no supo leer este nombramiento de delegado, é hizo delegados de Cristo á los obispos y jesuitas. Estos, que nadan entre riquezas.

El hecho ha motivado largos comentarios. Zozaya lo presenta como un flagrante crimen legal del *ius abutendi*.

¿Qué dirá el eminente crítico de los obispos y jesuitas favorecidos, que no supieron hacer aprender al beato el principio jurídico cristiano: «la propiedad no existe; no hay más que una administración; el propietario es un administrador fortuito y tutor de los desheredados; un celador de los bienes del pródigo?...»

Sí; eso es lo único cristiano. Los obispos actuales al parecer lo ignoran también. Yo he conocido un obispo que lo recordaba. Llamábase Lagüera. Cuando sus áulicos le hablaron de testamento, les respondió:

—El obispo no tiene por qué ni de qué testar. Sus bienes son de los pobres en vida y en muerte. Ejercer sobre ellos actos de dominio, es hurtárselos á sus dueños. La facultad de testar es la facultad de robar. Vosotros diréis si, habiendo sido fiel administrador de los pobres en vida, voy á hacerme ladrón suyo en la muerte...»

Esto era en 1893. A Lagüera sucedióle Guisasaola.

PEY ORDEIX

¡Eche usted conventos!

Cada vez que en mis contadas excursiones por las afueras veo un templo nuevo, exclamo involuntariamente:

«Ya tienen los pobres un sitio más á donde acudir para admirar las galas y riquezas de las imágenes, el lujo de los ornamentos sagrados, la satisfacción que rebosa en los rostros de los ministros del Señor; ya tienen un lugar más en que entretener el poco tiempo que les deja libres la penosa tarea de estar con los brazos cruzados por falta de trabajo; ya tienen un edificio más donde refugiarse para no oír las peticiones de pan que les hacen sus hijos, para no ver sus carnes des-

nudas, para convencerse de que sólo hay miseria en la oscura y fría morada del trabajador.»

Y después de decirme esto me afaño inútilmente por explicarme cómo hay sinvergüenzas que lleven su cinismo hasta predicar que la religión católica es la de los pobres y los desvalidos.

Cine clerical

La vocación

I

—Vengo muerta de risa. ¿A que no sabe usted quién se mete monja?

—¡Vaya usted á saber! Se meten tantas...

—No; si no lo acertaría usted aunque cavilara un año. Y usted la conoce.

—¿Yo?

—Sí, y yo, y medio Madrid...

—Pues, hija, no caigo.

—Vamos, no quiero hacerla padecer más. ¡La Pulguitas!

—¿Aquella bizca que cantaba y bailaba en los *Timplaos*, aquel cafetuchito de gentuza?

—La misma.

—Me deja usted toda de una pieza. Pero, ¿qué ha podido pasar para este cambio? Sé que era la desvergüenza en persona; se subía encima de las mesas, y por una peseta enseñaba las piernas hasta el muslo.

—¿Sólo las piernas?... Y no crea usted que fuera ninguna Venus; las tenía delgadas como palillos de tambor. ¡Si hubiera tenido las mías!... Se hace millonaria...

—Y las mías; pero, ya sabe, las mujeres decentes y buenas cristianas como nosotras no sirven para estas porquerías.

—¡Dios nos libre! Sólo al pensarlo se me pone carne de gallina.

—Pero, bueno; ¿qué ha pasado?

—Pues, hija, según ella, un milagro; dice que una noche al volver á casa á las cuatro de la mañana rendida de juergas y medio borracha, vió que un cuadro de la Macarena que tenía en su alcoba se llenó de luz y que se oyó unavoz que la dijo: «Carmen, ¿y tu alma?...» La Pulguitas se desmayó, y cuando volvió en sí, juró meterse monja. Y ahí la tiene usted; el domingo toma el hábito en las Corazoneras. No se habla en Madrid de otra cosa.

—Pues le prometo á usted que á esa ceremonia no faltó. Tendría gracia que con el tiempo la viéramos en los altares.

—No sería nada imposible; también lo están la Magdalena, Santa María Egipciaca, San Francisco de Sena, San Dimas, Fray García y otros.

II

—Mírala... ¡Qué bien le cae el hábito blanco de las Corazoneras!... Parece una santa.

—Y lo será con el tiempo... ¡Cuándo la Virgen habla á una persona!... Ya ve usted lo que le sucedió á Juana de Arco, á la Bernardeta...

—Sin embargo, por ahí, claro está que malas lenguas, dicen otra cosa...

—¿El qué?

—Que una noche fué á los *Timplaos* de tapadillo el fundador de las Corazoneras; que se enamoró de La Pulguitas, y que la dijo: «¿Quieres comer bien, buena casa, mandar y tener siempre á la mano cien duros? Pues vente á mi convento; en cuanto hagas el noviciado te hago superiora, y que nos entren moscas.»

—¡Pues vaya una vocación milagrosa!

—¡Ufi! ¡Hay tantas así!...

FRAY GERUNDO

Lo inevitable

La República, venga hoy, venga mañana, ó será anticlerical, ó no será.

O librará á España de las órdenes religiosas y del yugo de la Iglesia, ó no tendrá razón de ser, y morirá en breve.

Resuelta esta cuestión, quedarían otra porción de ellas resueltas por sí solas.

Los republicanos que no lo entiendan así, prepárense para recibir grandes disgustos, si por milagro la casualidad nos regalase la República.

Habíamos de aconsejarle todos al pueblo que transigiese con el clericalismo, y nada conseguiríamos.

Está decidido á acabar con él, y acabará en cuanto la ocasión se le presente.

¿En qué forma? No me cuido de averiguarlo. En la que él quiera.

En este punto soy partidario decidido de las autonomías individual, municipal, provincial, regional y nacional.

Allá él.

INSISTO

Sí; nada más sencillo de arreglar que la cuestión del pan en Madrid si los trabajadores quisieran.

Yo, y casi todo el mundo, simpatizamos con las huelgas que los obreros de todas las industrias promueven para hacer menos penosa su vida; y eso que á veces el pretexto no está muy justificado.

Calcúlese lo que ocurriría si los que laboran el pan se plantaran ó les dijese á los dueños de tahona, ciudadanos indiscutiblemente ahorcables:

«Desde hoy nos negamos á trabajar mientras ustedes no ordenen á los que pesan que pongan la balanza en el fiel. Nosotros no somos ayudantes de ladrones. Si el alcalde, los tenientes alcaldes y los concejales se lo consienten por razones divorciadas de la



¡Qué crueldad la de ese Sr. Romaguera! ¡Abrumar con la carga de esos millones a los constantes despreciadores de los míseros bienes terrenales!

ley, la justicia y la equidad, nosotros no. Y nos oponemos por todos los medios á que vengan otros trabajadores á hacer lo que nosotros no debimos consentir nunca. Desde hoy, ó se pesa y se cuece el pan como es debido, ó nosotros nos retiramos.»

El apoyo que prestase el pueblo de Madrid á unos huelguistas que se exponían á perder el pan de sus hijos porque no se robase á los hijos de los demás, formaría época por lo entusiasta y generoso. No les faltaría nada á los huelguistas en los pocos días que no trabajasen.

Pero mientras el vecindario vea que no se quejan mientras á ellos les va bien, aunque cada día roben más los dueños de las tahonas, maldito el interés que le inspirarán los huelguistas.

Láncense á esa huelga, y concédanme la honra de figurar á la cabeza de la suscripción que se abra con 50 pesetas.

¿Que las autoridades permiten robar á los tahoneros con tal de que no suban el precio del pan, para evitar el mal efecto que produciría?

Efecto moral en todo caso, pues material no podría ser mayor que el que produce hoy: hay panecillo que parece nieto de sí mismo por lo pequeño.

¿Que el público se alborotaría si subiesen seis céntimos el kilo de pan, y calla cabronazamente ante la merma de doscientos á trescientos gramos?

Esto es verdad también; pero como no creo que las autoridades se hayan inventado precisamente para amparar á los ladrones cuando los robados no reclaman, unos por desidia y otros por la convicción arraigada de que no se les hará justicia, por esto pongo la resolución de este asunto del pan en manos de los que lo elaboran.

Niéguense ellos á ser cómplices de los tahoneros, y ya veremos lo que resulta. ¿Que los ladrones consuetudinarios buscarían en la subida del precio las fabulosas ganancias que hoy obtienen por el robo? Indudablemente. Pero como contra siete vicios hay siete virtudes... Lo del jaleito de los tiempos del vizconde de Eza no resultó mal del todo.

Hoy lo que hay que evitar es la falta de peso y que vendan el pan crudo. Mañana... mañana ya veríamos lo que convenía hacer.

En esto del pan no me salgo del padrenuestro:

«Dánosle hoy», pero bien pesado y bien cocido. El de mañana ya lo pedirá.

He recibido una carta del diputado provincial de Málaga D. Tomás Guillén, contestando al artículo que publiqué en el número 26 titulado *La nieve sucia*.

Habiendo llegado tarde para ir en este número, la publicaré en el próximo.

NOTICIA CURIOSA

En una partida que figura en el libro segundo de bautismos de la parroquia de San Agustín de la Palma (Gran Canaria) al folio 40, se lee *«que el día 25 de Noviembre de 1534, fué bautizado en esta parroquia de San Agustín de la Palma un niño, á quien se puso por nombre Adán, hijo del Arcediano de Fuerteventura, D. Diego Sánchez Gozón y de su ama, Inés Téllez. Fueron padrinos el deán D. Juan de Marcón y el Maestro escuela D. Zoilo Ramirez... etc.»*

Esta partida desmiente á los que creen que los clérigos han echado casi siempre sus hijos á la Inclusa, ó no se han atrevido á reconocerlos.

Un recuerdo cariñoso al Arcediano y papá, y á los canónigos que en el bautizo intervinieron.

Bien mirado, entre lo que ellos hicieron y lo que otros hacen, hay la diferencia que media entre lo honrado y lo criminal.

La neutralidad católica

Vamos á seguir la pista de la actitud que enfrente de la guerra está tomando y siguiendo la Iglesia, como tal, en su expresión jerárquica y episcopal, dejando descontado ya que el jesuitismo es rabioso y taimadamente germanófilo, mejor dicho, austrófilo.

Para puntualizar aquella actitud se debe observar los gestos públicos y las andanzas secretas de los designados por la Iglesia caudillos oficiales de la acción política católica en España, que al presente son el primado de Toledo y los obispos de Madrid y Barcelona. Todos los demás representan un papel secundario.

Comenzando por lo más cercano, vamos á ver si puntualizamos la actitud del obispado de Madrid. Su expresión genuina la tenemos en su diario oficioso, *El Universo*.

Este diario ha pretendido encarnar la neutralidad eclesiástica. En alguna ocasión ha echado chinitas á los aliados, bien que con tales miguitas no podía contrapesar las espuelas de mimos volcadas sobre los contrarios cuando la ocasión le parece propicia.

Al hacer balance de sus apologías y censuras, las sumas totales acusan la diferencia y el resultado final: la *neutralidad* cornuda y apaleada.

En su número del 12 de Julio descubrió francamente la oreja.

«Por convicción—dice—somos neutrales, como proclamamos diariamente; mas no podemos prescindir de pensar.»

¿Qué piensa el obispado de Madrid? Lo dice en estos términos:

«No podemos negar nuestra creencia de que, cuando se vuelva á la normalidad, si Alemania triunfa, seguiremos acentuadamente en la disciplina social, en el respeto á las creencias, en el cultivo científico.»

«Si vencen los aliados, ¿no querrán

empujar, y empujarán, soberbios, á los otros pueblos por el camino de la disolución?»

«Por eso debemos desear que la guerra termine á favor de aquellos elementos más propicios para los buenos fines sociales, religiosos, respetuosos, organizados, disciplinados, humanos, viaductos únicos por donde camina la humanidad á la perfección.»

En una palabra: el obispado de Madrid es germanófilo á la altura de sus creencias. «Cree» que los aliados son la disolución; que Alemania es la religión. En tal creencia, ¿le fuera lícito al obispo de Madrid, ni á otro alguno, declararse neutral ó vacilante? Entre Cristo y Belial; ¿puede un obispo afirmar siquiera su pasividad, y no está, por virtud de la fe, obligado á adherirse á la causa de Cristo «con todas sus fuerzas» y con toda su alma? De otro modo el anatema del propio Cristo cae inflexible sobre él.

¿Por qué *El Universo* no obra en consecuencia con esta convicción suya?

Quién no está con Cristo está contra Cristo. El fué quien dijo: «Ojalá fueses frío ó caliente; pero porque eres tibio, te me haces nauseabundo.» Esta misma tibieza, vacilación, balanceo y vaivén del órgano cristiano, demuestra que su cristianismo es de disciplina y religión distintas de la religión y disciplina de aquel Cristo que condenó tales neutralidades.

Por lo demás, desearíamos saber cómo podría ser más germanófilo el órgano episcopal. Obispo que llama Satanás á los aliados y Mesías á los alemanes, aunque use giros retóricos retorcidos en tales declaraciones, ¿puede hacer más en favor de los unos y en daño de los otros? Para colmo, sólo faltaba «proclamarse neutral» á renglón seguido de tal bendición y anatema.

Las hipótesis para agravar

En el propio artículo el órgano episcopal, habla de los horribles procedimientos alemanes de guerra, cuyo uso defiende con el tesón que indica este alegato:

«Si no los emplearon los aliados, es por que no pudieron inventarlos á tiempo; como no han hecho con la catedral de Colonia lo que se hizo con la de Reims, porque está á mucha distancia de su artillería; como no han saqueado ni incendiado, porque guerrear en territorio propio, y no van á devastar su misma casa.»

¡Episcopalísimo argumento! A este tenor puede cualquiera tribunal condenar á muerte al obispo más austero: pues, si no fué asesino y ladrón, se debe á que no tuvo medios de serlo, según el discurso de tal justicia.

¿Por dónde le consta al episcopal diario, que los aliados no *pudieron inventar* antes los gases asfixiantes, ni bombardear lugares extraños á la guerra? ¿Era invención del conde Zeppelin el dirigir *La Patrie* que, ocho años antes de la guerra había probado su capacidad de volar sobre Berlín y Viena?

¿Fué acaso en Alemania ó en su aliada Turquía, donde Wright y Du-

mont resolvieron el problema del aeroplano?

¿Fueron á Alemania á aprender sus secretos, Pasteur y Ferran, Turpin, Becquerel, Marconi y Darsoval?

Discurrir según discurre el periódico episcopalista, es ultrajar y escarnecer todos los sentidos.

Si la Moral Católica consiente tales argucias en la polémica, ¿que no autorizará en las demás acciones humanas?

NOTA IMPORTANTE

Pero si tales enormidades sirven sólo de bochorno para la nación cuyo primer órgano católico muestra tanta degradación de criterio, á las veces, dentro de su pedantismo, el periódico establece principios que conviene registrar.

Sirva de ejemplo uno que se halla en el propio artículo:

«Se habla y se censura que la iniciativa de ciertos procedimientos haya partido de Alemania. ¿No queréis fijaros en cómo para todo género de luchas cierto orden de iniciativas crueles parte siempre del acorralado, de aquel que, por estar más en peligro, con mayor fuerza siente que le impulsa el instinto de conservación? Acorralada está Alemania por casi todos los pueblos de Europa; y aunque sólo diplomáticamente, se halla á punto de estarlo por el de Norte-América.»

Soltemos la carcajada ante la noticia de que Alemania, al declarar la guerra, estuviese acorralada. Páguenle los alemanes la confesión de que lo esté al presente.

Por nuestra parte aceptemos la licitud de que el «acorralado» acuda á medios reprobados para defenderse de los acorraladores.

No olvide tal enseñanza *El Universo* cuando, en la lucha nacional, se vean acorralados los ideales é intereses contrarios á los que él sostiene, y no se queje de verles apelar á «procedimientos alemanes» sancionados por la absolución episcopal.

¿Qué era más que un «acorralado» el desdichado Galeote? ¿Qué es si no acorralamiento» la persecución clerical contra la prensa libre?

LOS RADICALES

La estaca y la vaselina

En el aniversario de la toma de la Bastilla, los radicales españoles han tomado la Constitución, de la cual el gobierno de Dato había hecho una Bastilla nueva.

Según los informes de la prensa, en Madrid y en Barcelona los radicales continuaron sus mitines, á pesar de los requerimientos de los Delegados de la autoridad para que los suspendieran.

Entablóse el pugilato entre radicales y policías, apelando entrambos bandos al argumento de la estaca.

Los radicales comprueban que las estacas de la policía no enían vaselina. Igual comprobación parece hicieron los agentes de Dato con respecto á las estacas de los radicales.

Al escribir estas líneas, dícese que Dato se halla algo contrariado por la actitud de los radicales, que han emprendido con él el tratamiento contrario al vaseliner. Mas no da por fracasado su sistema. Si la vaselina no sirvió para prevenir los garrotazos, quizás sirva todavía para curarlos.

En Dios y en mi ánima, amigo Sancho, te juro darme más miedo un Dato de mantequilla, que un Maura hecho un polvorín; pues, como la manteca entre en ebullición...

Dicen los críticos historiadores haber observado cómo todos los grandes tiranos á lo Nerón, habían sido antes sujetos de coldcrean, mantecosos y blandengues.

Por lo pronto, es preferible un gobierno de estaca por fuera y de vaselina por dentro, á un gobierno de vaselina en la máscara y de estaca en su interior.

Dato sacó la estaca ya.

Veremos á donde llega.

Sólo que, si donde las dan las toman...

"Los ciudadanos del mundo"

Así se titula una Sociedad internacional contra la guerra, fundada por Vervaut H. Iskender (Tom-na-Monachan. Pitlochry. Escocia), entre cuyos miembros figuran los presidentes de Norte-América, Perú y Colombia, el rey de los Belgas, los generales Baden-Powell, H. M. Bengouh, etcétera, almirantes Beresford, Levis, Beaumont, etc., obispos Welldon y Ornasry, etc., etc.

Esta Sociedad editó, en varios idiomas, un folleto de propaganda, que está siendo repartido por todo el mundo, y en el cual figura el texto de una carta del secretario particular de D. Alfonso XIII, agradeciendo al autor en nombre de S. M., la atención de haberle remitido un ejemplar.

Daré un extracto en este número y el siguiente (en breve será publicado íntegro el folleto). Empieza con unos cuantos pensamientos, entre ellos, los que siguen:

«Yo no soy ciudadano de país alguno; yo soy ciudadano del mundo.»—*Esopo*.

«El traidor á la humanidad es el más abominable de todos los traidores. La humanidad está por encima de todas las constituciones. Es mejor pudrirse en la tierra que ser fiel á la Iglesia y al Estado mientras se es dos veces falso á Dios.»—*J. Russell Lowell*.

«La verdadera civilización del mundo desaparece cuando la moral se evapora

en ceremonias y el deber en oportunidades.»—*Vervaut H. Iskender*.

«Los hombres sufren y caen juntos; pero así como en la mañana después del combate los supervivientes marchan triunfalmente sin pensar apenas en los caídos, así las muchedumbres, perdiendo camaradas, pero enardecidas, siguen el camino por el que las dirige el destino.»—*Vervaut H. Iskender*.

«El verdadero patriotismo es parte de ese gran amor universal que todo lo crea, todo lo conserva y todo lo hace agradable.»—*L. L. Zamenhof*.

En el prólogo el autor nos dice algo de una excursión por el Asia Menor y su alojamiento en casa de Ali-Agha, jefe de la miserable aldea Eski-Cheir y el más rico aldeano, cuya riqueza no igualaba á la de muchos modestísimos campesinos europeos. El anciano mahometano rehusó hasta el más insignificante regalo, y golpeando cariñosamente el hombro de Iskender, al mismo tiempo que elevaba la mirada al cielo, despidió así á su huésped: «Joven: todos pertenecemos á una misma familia, y doy gracias á Dios que me permitió vivir para conocer á uno más de mis hermanos.»

"Los gobernantes del mundo"

«Puede decirse, pero muy alto, que los verdaderos gobernantes del mundo no deben ser ni sus reyes, ni sus emperadores, ni los presidentes de sus Repúblicas, sino sus millones de hombres que por doquier ganan el pan con el sudor de su frente. Ciertamente; el mundo no fué creado para sus, digamos, cien emperadores, reyes, gobernantes ó presidentes. Estos deben convencerse de esta gran verdad y obrar según ella; deben convencerse de que solamente de ese modo puede hacerse una profunda reforma, un verdadero progreso moral. De otro modo: deben elaborar su propia salvación, no solamente en el sentido espiritual y moral, sino también en el sentido material. Es ley divina. Si los pueblos quieren acabar la guerra, solamente ellos pueden conseguirlo.»

"Origen común"

«El día de nuestro mayor anhelo debe ser aquel en que estos millones de obreros se convenzan de que las diferencias de nacionalidad, y aun las de raza, como los obstáculos tradicionales que separan á las naciones y á los pueblos, dejarán de tener un puesto en los destinos de la humanidad.

Verán cómo de la familia surge la tribu, y de ésta surge la «nación», de tal modo, que ésta no es más que «una inmensa tribu»; por ejemplo: Alemania, por otro nombre la tribu de Hohenzollere; el imperio austriaco, por otro nombre la tribu de los Habsburgo; el imperio turco, por otro nombre la tribu de Osman, etc., etc. Ni aun el imperialismo, que no es otra cosa que el espíritu de tribu en su más alto grado, es la solución; porque no está lejano el día en que se derrumben los obstáculos tradicionales que separan á los hombres, y convencidos de su origen común, de su unidad como una sola familia, proclamarán la absoluta fraternidad, de que gozarán todos.»

La simonía

por

ROBERTO ROBERT

sociedad, incluso el clero, le arrojaron de allí violentamente.

Pero esto no prueba sino que hubo un clérigo, un obispo corrompido, y una golondrina no hace verano; y bien podría haber sido Manases el obispo más perverso, y sin embargo, no haber una palabra de verdad en lo demás que se refiere sobre simonías clericales.

Otro obispo hubo entonces...

Porque, aunque hubiese dos, ¿qué probaría? Nada.

Otro obispo hubo entonces, el de Orleans, á quien el infatigable Papa reprendió por sus simonías.

El obispo ni siquiera se dignó contestarle.

El Papa le envió su excomunión.

El obispo agarró al enviado excomulgador y lo puso preso.

Entonces el Papa lo depuso.

¿Y qué? Al fin y al cabo, dando por ciertos estos dos casos, tendríamos dos obispos simoníacos; y ¿qué vale esto si se compara con la codicia desenfrenada de la innumerable plebe que por seis miserables reales vende doce y catorce horas de trabajo?

Y el trabajo no debe venderse: es cosa sagrada. Lo instituyó Dios para castigo del pecado de Adán, y para que holgasen los clérigos y obispos.

Y basta de obispos en particular. El que quiera saber pormenores de ellos, lea el capítulo que especialmente les hemos dedicado y con el mayor gusto en uno de nuestros libros, que allí encontrará el piadoso quizás más que piense.

Por entonces también los legados del Papa recorrieron los pueblos de Francia y Alemania, deponiendo en todas partes á los clérigos simoníacos, y se celebraron en Roma Concilios en 1075 y 1076 que á granel castigaban á los curas por igual delito, y para acallar rumores y habillitas, daban sentencias contra centenares de ellos.

Por esto cuarenta y nueve sacerdotes, á quienes se acusaba de corrompidos y simoníacos, se reunieron un día y declararon cesante al Papa, acusándole á su vez de obsceno, de público usurero, de haber empleado el fraude, la violencia y la corrupción para llegar á Papa; y los sacerdotes acusados especialmente de concubi-

narios, acusaron especialmente al Pontífice de tener trato demasiado íntimo con las mujeres.

Lo cual no impidió que en todas las historias y sermones clericales conste que entonces eran admirables la pureza de la Iglesia, las virtudes de los sacerdotes y el respeto al Sumo Pontífice.

Y es evidente.

Yo no sé si al tratar de los obispos referí lo que en el siglo III decía San Cipriano de los de su tiempo.

Por si acaso no lo dije entonces, lo diré ahora, y si lo dije, lo repetiré; porque durante una enfermedad que padeci siendo niño, hice voto de publicar este y otros párrafos de San Cipriano cada tres años.

También tengo yo mis devocionistas. ¡Vaya!

Dice el santo: «Casi todos los obispos abandonan su sede, abandonan su rebaño, y no tratan más que de negocios temporales. Vémosles recorriendo las provincias, frecuentando las ferias, no buscando más que lucro y riquezas, apoderándose fraudulentamente de las tierras, dedicándose á préstamos usurarios, viviendo en la abundancia, mientras sus hermanos viven en la miseria.»

Ya me he quitado un peso de encima.

Ahora hasta dentro de tres años no tengo obligación de volver á copiar el párrafo, y toda vez que solamente lo he puesto aquí para cumplir mi voto, pasaré por alto lo demás que de los obispos dice San Cipriano en sus epístolas V y VI (si no estoy mal informado), echándoles en cara el adulterio, el concubinato y otros vergonzosos excesos.

Todo lo cual no es materialmente simonía; pero tiene con este delito un parentesco tan íntimo, que el lazo de la analogía ha unido en mi mente lo uno y lo otro con nudos tan estrechos y al par suaves, que me ha dado lástima separar ambos asuntos.

En cuanto á la simonía, fué tal el afán que siempre hubo de censurarla en el clero católico, que hasta los Eusebios y Agustinos participaron de él, y ya que no podían acusar de ese pecado á los que en tiempo de Constantino abrazaban el cristianismo, dicen que lo hacían atraídos por las inmensas riquezas de que el famoso emperador dotara á la Iglesia, y que al proceder movidos de codicia y no de celo evangélico, practicaban la simonía al por mayor comprando y vendiendo las almas.

Pero ¿á dónde iríamos á parar admitiendo ese género de argumentos? ¿Cuál siglo, cuál época, cuál nación podría citarse como no corrompida, si se tachase de crimen en el clero la compra, la venta, el amor conyugal, la paternidad natural, y además de esto se aceptase como delito lo que algunos osarían llamar simonía moral?

Figúrese usted.

¡La sed de oro!

San Gerónimo llegó á escandalizarse de las cosas que los enemigos del clero inventaron para desacreditarle.

«Me han dicho (escribe en su epístola IV) que algunos de los nuestros desempeñan los oficios más viles junto al lecho del anciano sin hijos. Apenas entra el médico en la casa, ya tiemblan; pálidos de terror le preguntan si encuentra al enfermo más aliviado; y á pocas fuerzas que éste recobre, aunque fingen alegrarse, padecen martirio en el fondo de su alma llena de codicia.»

Todo lo que le contaban sobre esto, se lo creía el pobre.

Así en otra ocasión exclamaba:

«¡Gran vergüenza para todos nosotros! Los sacerdotes de los falsos dioses y las personas más viles pueden heredar, según la ley, y los sacerdotes y los monjes no pueden. Los príncipes cristianos no nos lo consienten. Y no me quejo de la ley, sino de que la hayamos merecido. Dicitóla una sabia previsión, y aun es demasiado blanda para corregir nuestra avaricia, que burla las prohibiciones por medio de fraudulentos fideicomisos. Vergüenza me da decirlo; pero decirlo hé para que á lo menos nos avergoncemos de nuestra deshonra; la verdad es que vivimos con apariencias de pobres, y al morir se nos descubre que somos ricos.»

Y no tiene nada de particular que San Gerónimo se expresara así, porque era persona sentida; la ley se había promulgado en efecto, y la preocupación de que el clero era codicioso y simoníaco se había hecho general.

Zóximo, el historiador, decía también: «Los monjes, so pretexto de compartir sus bienes con los pobres, reducen á todo el mundo á la pobreza.»

Verdad es que la opinión de este historiador no vale nada, porque era pagano; pero la pongo porque casa bien con la de San Gerónimo, con la ley sobre herencias, con el rumor público de entonces, y más claro, porque si yo no la recuerdo, ¿la recorda-

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID